JAVIER DE ORTUETA y SINDULFO DE LA FUENTE

ANTE LA VIDA

BOCETO DE COMEDIA

en un acto y en prosa, original





MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1915

Para Carmen López

ugar, con la admiración

y devota amistad de

[illegible] de la Fuente

20-4-917

ANTE LA VIDA

ANTE LA VIDA

BOCETO DE COMEDIA

en un acto y en prosa

ORIGINAL DE

JAVIER DE ORTUETA y SINDULFO DE LA FUENTE

Estrenado en el TEATRO LARA el día 14 de Mayo de 1915
en el beneficio de Amalia Sánchez Ariño



MADRID

E. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.

Teléfono número 551

1915

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES	
SUSANA (20 años)...............	SRTA.	SECO.
TRINI (25 íd.)...................	SRA.	SÁNCHEZ ARIÑO.
LA GIOCONDA (35 íd.).........	SRTA.	HERRERO.
D. ANTONIO ALBORNOZ (60 íd.).	SR.	ISBERT.
GABRIEL CIFUENTES (25 íd.)..		PEÑA.
SANTIAGO (30 íd.).............		MANRIQUE.
D. DOMINGO QUIJANO (55 íd.)..		ARIÑO.
ROQUE (30 íd.).........		COLLADO.

La acción en Madrid, en el estudio de D. Antonio Albornoz
Epoca actual

Derecha e izquierda, las del espectador

ACTO UNICO

La escena representa, en primer término, un saloncito del estudio de Albornoz, lujosamente amueblado, como de hombre rico y aficionado al arte. Puertas a derecha e izquierda. Al fondo una gran puerta apaisada que permite ver en segundo término una buena parte del estudio de escultor propiamente dicho: es un gran salón con ventanal al fondo; en él se ve, sobre un pedestal, el boceto de la estatua «Ante la vida», que, según lo indica la acción, estará descubierto o tapado con paños (1).

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón, CIFUENTES trabaja en el boceto de «Ante la vida». SUSANA posa en un extremo del estudio, oculto al espectador

Cif. ¿Descansamos? Estoy fatigado. Tengo ganas de fumar.

Sus. (Desde dentro.) Como quieras.

Cif. Nunca pides descanso. ¡Eres de hierro!

Sus. No lo creas: también estoy cansada. No quiero decirte nada por no contrariarte.

Cif. ¡Bah, qué boba eres! (Se dirige al primer término de la escena.)

Sus. Hazme el favor de la bata. (Cifuentes, después de llevarle la bata, enciende un pitillo y se sienta. Susana entra en escena.) Ya estoy visible.

---

(1) El boceto de ANTE LA VIDA, debe representar un desnudo de mujer joven, sujetándose lo más posible a cuanto se refiere a dicho boceto en el diálogo.

Cif. Siempre estás divina. ¿Has visto los adelantos de hoy? Pocos días más y la estatua estará terminada.

Sus. ¿Estás satisfecho? ¿Queda a tu gusto?

Cif. Sí; casi del todo. Claro está, que estudiando no puede desenvolverse una idea con la libertad y el vigor que cuando se trabaja sólo por inspiración... De todas maneras estoy satisfecho.

Sus. Y de mí, ¿estás contento?

Cif. ¡Bien lo sabes!... Sin ti, nada hubiera podido hacer.

Sus. ¡Qué alegría! No puedo explicarte lo que siento cuando me dices eso. ¡Saber que yo soy parte de tu triunfo!

Cif. ¡Triunfar!... ¡Todavía está lejos eso!...

Sus. Bueno... es cierto... Triunfo, por ahora, ninguno; pero ayuda a abrirte camino para que llegues a él.

Cif. Si alguna vez llego, será contigo; no lo dudes.

Sus. ¡Ojalá sea pronto!

Cif. Será; yo creo que será. Don Antonio me alienta, y, ¡ya ves! es un voto de calidad. Yo también tengo confianza en mí; siempre la he tenido, creo que siento el arte, que mis manos no son torpes para interpretarlo.

Sus. ¡Qué han de serlo! Haces tú en un día más, que don Antonio en una semana.

Cif. ¡Qué chiquilla eres! (Se ríe.)

Sus. Pues es verdad, y, además, me molestas menos... Bueno... me molestas menos ahora; el primer día creí que me volvía loca.

Cif. Vi que tu cara era capaz de expresar una idea y que no acababas de comprenderla; me desesperaba. También don Antonio me ayudó a arrancarte el gesto.

Sus. Yo sólo de ti hacía caso.

Cif. Pues debiste hacerlo también de él. Sabe más que yo, que sólo soy su discípulo. Si no me hubiera corregido a cada momento, esta obra sería otra.

Sus. Será verdad; yo no entiendo de eso, ni de nada. Soy cerril. El caso es, que si no hubiera sido por ti, no hay nadie capaz de obligarme hasta llorar de rabia porque no

te daba gusto. ¡Nada, chico!, que viendo el fuego que ponías en tus palabras, el afán ciego de conseguir lo que querías, me gustaste; vi en ti un hombre capaz de querer de verdad... ¡Qué sé yo!... El caso es, que tienes a tu modelo *chalaíta* del todo.

Cif. Pues, tampoco ha dejado la modelo muy segura la cabeza del maestro.

Sus. ¿De veras?

Cif. Demasiado lo sabes.

Sus. ¡Se lo habrás dicho a tantas!... No me creas tan tonta que no sepa que los artistas necesitáis a las modelos y lo que queréis es que os sirvan lo mejor posible. A las bobas nos engañáis. Aunque soy *novata* en el oficio, y no he posado, más que para don Antonio y para ti, he oído hablar bastante. El otro día lo decía aquí ese sinvergüenza de Santiago: El artista se enamora de su arte, y todo lo demás lo desprecia. Si ve algo útil a su amor, lo coge; si es inútil, lo tira.

Cif. Tú estás íntimamente unida a mi arte; creo que antes de conocerte no estaba verdaderamente enamorado de él.

Sus. ¿Y ahora sí? ¿Ves cómo no me quieres por mí? ¡sino porque te soy útil!

Cif. Me enamora tu alma, tu cuerpo, tu charla... Hasta tus celos del arte...

Sus. Del arte, y de las mujeres: ¡no te vayas tú a creer!

Cif. ¡Pues también de las mujeres; mejor, así estarás más contenta, sabiendo que te quiero a ti sola!

Sus. (Riendo) Tendré que creerte.

Cif. ¿Pasaron los celos? (La abraza.) Toma en castigo.

ESCENA II

DICHOS y ROQUE

Roque ¡Voto a...! Siempre he de encontraros de esa guisa.

Sus. ¡Dispensa, hombre!, y habla en cristiano, haz el favor.

Cif. Eres de una oportunidad encantadora.

Roque ¡Harto me duelo de tamaña desventura!

Cif. Siempre abandonas los clásicos en el momento que menos falta hace.

Roque Muy turbio está mi meollo, si no quisiste decir que estorbo en este aposento.

Cif. De ninguna manera; tu compañía nos es muy grata; por lo menos, a mí!

Sus. Y a mí también. ¡Digo! ¡Si pareces una función de teatro!

Roque Téngote dicho, Susana amiga, que hacer mofa de una artística afición, solo es dado a analfabetos; nunca a musas inspiradoras del arte.

Sus. Pero, hijo mío, ¡si no te entiendo! Y, francamente, me hace gracia.

Cif. Hay que admirar a Roque, Susana; no hay más remedio.

Roque Lejos de mi ánimo inspirar admiraciones, a las que nunca fuí dado.

(Suena un timbre.)

Sus. Llaman.

Cif. Será don Antonio,

Roque Voy a franquearle la entrada. (Sale.)

Sus. Este Roque, cada día está más loco.

Cif. Creo que has encontrado el calificativo. Es un loco: Devora la Biblioteca clásica de don Antonio, y no vive para otra cosa.

ESCENA III

SUSANA, CIFUENTES, DON ANTONIO y ROQUE. Entra don Antonio y detrás Roque con el gabán y el sombrero de su amo

Ant. (A Roque.) ¿Ha venido alguien?

Roque Nadie, señor. (Cruza la escena y sale por el foro.)

Ant. ¿Qué hay muchachos? ¿Se ha trabajado mucho?

Cif. Regular.

Ant. Yo vengo muerto. ¡Cuanta lata hay que aguantar en el mundo!

Sus. ¿Ha ido usted al Congreso?

Ant. No, hija, no; vengo de la redacción del periódico.

Cif. ¿Quiere usted ver el trabajo?

Ant. Sí, pero, antes, vé a quitarte la blusa. Pronto empezará a venir gente. Ya lo sabes: no quiero que sepan que trabajas aquí; me abrumarían de recomendaciones. Y tú, vístete, Susanita. (Susana coge un libro que habrá sobre una mesa y se dirige al salon del fondo.) ¿Qué libro es ese?

Sus. Uno que me ha prestado Gabriel. Después de vestirme, leeré un rato en el jardín, como todas las tardes. ¡No crea usted! me estoy haciendo una literata.

(Sale Cifuentes.)

Ant. (Indica con un gesto a Cifuentes que en aquel momento sale por la derecha.) Para agradar más a alguien, ¿no?

(Susana hace un gesto asintiendo y se dirige al foro.)

ESCENA IV

DON ANTONIO y SANTIAGO

Sant. (Entrando por la parte del salón del fondo que da al jardín.) ¡Buenas tardes, Susanita! ¡Hola, maestro! Laborando, ¿eh?... ¿Qué tal la obra?

(Sale Susana.)

Ant. Ya va estando adelantada. ¿Qué te parece?

Sant. Está bien. De verdad, que me parece bien.

Ant. Vamos; parece que va desapareciendo la bilis. ¡Qué milagro!, sepamos: ¿qué te trae por aquí? Sabes que es para mí un señaladísimo favor verte por esta choza, pero, te temo... la verdad; ¡te temo!

Sant. Pues, ya ve usted; entro haciendo elogios.

Ant. Es raro; será el sol que con su mágico poder es capaz hasta de quitarte a ti el *spleen*.

Sant. Eso será. Hoy vengo de un humor encantador. Cualquiera diría que tengo dinero.

Ant. Y no lo tienes, ¿verdad?

Sant. No se ocupe usted de eso; como si lo tuviera.

Ant. ¡Claro! No quieres trabajar, y es lástima; porque tú vales. ¡Santiaguillo, tú vales!

Sant. Ya lo sé. Más que algunos que han sentado plaza de genios. ¿Citamos ejemplos?

Ant. ¡Esa lengua!... ¡Qué mordaz! ¡Siempre viendo injusticias visionarias! ¡De qué te quejas tú!... Si no trabajas, hombre; ¡¡si no trabajas!!

Sant. Me convencí, hace años, de que es más cómodo que otros trabajen por mí; me lo enseñó la experiencia. Ya trabajé... y no me lució gran cosa... ¿Se acuerda usted?

Ant. No sigas hablando; ya sabes que no estamos conformes.

Sant. ¡Trabajar! ¿Quién leería mis libros, si yo los escribiera? Nadie. Para cultivar un arte y llegar con él al público, es necesario una preparación; la manera ideal de hacerla es con dinero. Con la moneda se crea, sin trabajo, un ambiente que predispone al triunfo. Los que no tenemos ese dinero, hemos de valernos de nuestro ingenio para rodearnos de quien nos lo pueda proporcionar. Ese es ahora mi trabajo. Tranquilícese usted; es posible que yo escriba algún día. ¡Si usted se empeña!

Ant. ¡Siempre tirando chinitas!

Sant. Es usted de una suspicacia que asusta.

Ant. Sé lo que se dice de mí, lo sé. Pronto daré un mentís a los lenguaraces.

Sant. ¿A qué viene eso?

Ant. Pocos casos de honradez artística, como la mía, se verán por el mundo. Todo por acallar hablillas de los que dicen que mi nombre de escultor se debe a mi influencia, a mi dinero.

Sant. (Irónico.) ¡Hace falta estar loco para decir semejante cosa!

Ant. ¡No te burles! Ya sé que tú no hablas bien de mí. Te perdono porque no hablas bien de casi nadie.

Sant. ¿Yo hablar mal del escultor Albornoz? ¡Qué disparate!

Ant. Pronto os daré el mentís. Voluntariamente me he sometido a una prueba durísima. Todos mis amigos sabeis que un modesto trabajo mío se presentará en la Exposición firmado con un pseudónimo. Además rehusé el honor de presidir el Jurado a pesar de los reiterados ruegos de mis amigos. Ninguno

de los que juzgarán en esta Exposición, conoce mi secreto, ninguno ha visto mi obra. Creo que así no dudareis de que se hará estricta justicia.

Sant. ¿Usted cree?...

Ant. ¡No dudarás de que he cumplido mi palabra! No lo sabe el Jurado, ¡te aseguro que no lo sabe! Hoy mismo fué a la exposición mi trabajo, mi «Gladiador.»

Sant. No tardará en volver.

Ant. ¡Qué dices!

Sant. Nada; que a veces, bajo la austera y antipática traza de los señores miembros de un Jurado, se ocultan espíritus de un humorismo que envidiaría Mark Twain.

Ant. No me desesperes: ¿quieres explicarte?

Sant. Allá voy. Haré historia. Esta tarde, como casi todas, no tenía ni dinero, ni nada que hacer; ¿cómo perderé mejor el tiempo?—me pregunté—y decidí llegarme al estudio de Quijano, su vecino, que tiene una modelo metidita en carnes que no es del todo desagradable.

Ant. ¡No divagues! ¡Por lo que más quieras, acaba de una vez!

Sant. Bueno: fuí al estudio de Quijano, estuve allí un rato, y como preside el Jurado de la Exposición de escultura, tuvo que salir para ir al palacio de las Exposiciones (llamemosle así.) Me brindé a acompañarle; tiene un automóvil magnífico, y a mí me gusta pasear en automóvil; es una debilidad como otra cualquiera.

Ant. ¡Acabarás!

Sant. Termino en dos palabras. Llegamos a la exposición: en el vestíbulo reconocí a mi antiguo amigo, a su famoso «Gladiador.» Fiel a la consigna, nada dije. Quijano le contempló unos instantes y tuvo una frase: ¿Porqué esculpirán los confiteros?—dijo.

Ant. ¡Mentira! ¡Quijano no dijo eso! (Pausa: se pasea nerviosamente.) ¡Me hunden, me ponen en ridículo! (Se detiene frente a Santiago.) Pero, vamos a ver: ¿es verdad lo que dices? ¿Es verdad? ¿No se trata de una farsa de las tuyas? ¡Mira que esto, no te lo perdonaré nunca!

Sant. El Jurado no admite la estatua. La ha rechazado o está a punto de hacerlo.

Ant. ¡Qué canallada! ¡Qué injusticia! ¡Es horrible!

Sant. ¡Bah! ¡Aún se puede arreglar!

Ant. ¿Cómo? ¡Imposible!

Sant. ¡Quiá! Parece que no me conoce usted.

Ant. ¿Tú lo arreglarías?

Sant. ¿Me cree usted capaz de venir a traerle la noticia si no tuviese un interés?

Ant. ¡Me desconciertas! ¿Qué quieres decir? ¡Eres un cínico!

Sant. Es posible: seré un cínico. Sabe usted que tengo muy curtida la epidermis para que puedan molestarme los insultos. Vamos a lo que importa; lo demás me tiene sin cuidado. Respeto su opinión acerca de mí. Usted me necesita en este momento; y yo, que soy un buen amigo, voy a servirle. Le interesa arreglar este asunto, ¿verdad? se ha ido usted demasiado de la lengua, y son muchos los que saben que tenía usted una obra para la Exposición y que había decidido enviarla firmada con un pseudónimo. «Todos la esperan: si no aparece, la reputación de don Antonio Albornoz caerá por los suelos, se sabrá la historia: no faltará quien lo divulgue.»

Ant. ¡Ya lo sé! ¡No me atormentes más! Si lo puedes arreglar tendrás lo que quieras.

Sant. Dinero; todavía no aspiro a otra cosa.

Ant. Pues, dinero: el que me pidas.

Sant. Eso es ponerse en razón. En ese caso, yo me voy ahora mismo al estudio de Quijano: le digo que al dejarle me llegué aquí e incidentalmente hablé con usted del desfavorable juicio emitido en mi presencia acerca de una escultura que representaba un gladiador romano; que usted palideció confesándome que la obra era suya... Quijano, en cuanto me oiga, cambiará de criterio, nadie se entera, usted no pasa la vergüenza de tener que decir la verdad, y asunto concluído.

Ant. Sí; es una solución, en lo que cabe. Pero, ¿y mi afrenta? ¿Qué cara he de poner yo cuando vea a Quijano?

Sant. ¡Bah, bah! Cualquiera: precisamente usted es un maestro *en eso* de poner caras.

Ant. ¡Qué desilusión!

Sant. ¿Ha tenido usted una desilusión? Eso no tiene importancia. ¡Tantas hemos tenido otros!... ¡Mire que a estas fechas *salir* con que no es usted comprendido!...

Ant. ¡No te burles, que soy capaz de echarlo todo a rodar!...

Sant. Me parece que no; y menos, cuando yo le explique lo bien que pienso arreglarle la primera entrevista con Quijano. Como él tendrá el mismo temor al ridículo que usted, yo le diré que podemos fingir que todo fué una broma. El, elogió el «Gladiador» como se merece; yo le dije que era de usted, y, entonces convinimos. para embromar un poco a nuestro querido amigo don Antonio, en que yo viniera a decirle que la obra sería rechazada. ¿Eh? ¿Qué tal? Quijano le cuenta a usted todo esto, y nos reímos todos de la ingeniosidad, de la prueba de *humor* dada por estos dos grandes artistas que se llaman don Antonio Albornoz y don Domingo Quijano.

Ant. Sí, está bien, todo lo mejor posible. De todas maneras, para mí ha sido una catástrofe. ¡Nunca lo hubiera creído!

Sant. ¡Qué candidez! En fin; no se preocupe, don Antonio, no se preocupe... (Se oyen voces en la antesala. Don Antonio y Santiago, interrumpen el diálogo.)

ESCENA V

Entran MERCEDES y TRINI, seguidas de ROQUE

Mer. ¡Maestro! (Le tiende las manos.)

Ant. ¡Qué sorpresa! (Sin poder disimular su disgusto.) Llegas en un momento...

Mer. ¿Estorbamos?... (A Santiago.) ¿Qué tal, mala cabeza? (Saluda a Santiago.)

Ant. ¿Estorbar tú?... ¡qué ocurrencia! Es que me sorprende tu visita. ¡Lo que menos esperaba! sin avisar... ¡qué ingratitud! No te per-

dono esto. (Sale Roque. Se dirige a Trini.) ¡Chiquilla! ¡Qué guapa! ¡qué aire más chic!

Trini. El sombrero; ya te lo dije, Mercedes. Yo no vuelvo a ponerme este casquete. Pa el extranjero, pase.

Sant. Pues, estás muy bien. Tu desenfado te da un sello especial de distinción.

Trini. Bueno; ya nos conocemos... No malgastes la coba.

Mer. Las ganas que yo tenía de verme en este estudio... Tres años que no le pisábamos, ¿eh, Trini?

Trini. Tres años. Pa ti no sé lo que habrá sido; pero, lo que es a mí, se me tienen hecho más largos que aquellas funciones que vimos en *Birute.*

Ant. En Bayreuth quieres decir, ¿no?

Trini. Sí; en ese sitio donde hacen óperas que duran tóo el día.

Sant. ¿Y qué tal esa *tournée?* ¿Cuándo habeis llegado?

Mer. Esta mañana. Fué un viaje forzado. He resistido en París unos meses esperando el final de la guerra, y la vuelta de todo a su anterior estado. Es inútil: esta guerra no se acaba nunca. Entre aburrirme en París o en Madrid, prefiero estar en mi tierra.

Ant. (Hace un movimiento de impaciencia.) Santiago, te olvidas de que...

Sant. No. (Se pone en pie. Dirigiéndose a Mercedes y a Trini.) Ya tendremos ocasión de charlar. He de resolver un asunto muy urgente... para don Antonio, y para mí, ya sabeis que los asuntos de don Antonio los he tomado siempre como cosa propia. Vendreis con frecuencia por aquí, ¿verdad?

Mer. Todos los días; como en tiempos.

Sant. Pues, hasta mañana.

Ant. Perdonadme un instante. (Se dirige con Santiago a la puerta.) ¿Quieres que arreglemos cuentas?

Sant. No; ya hablaremos de eso. No me gusta cobrar por adelantado.

Ant. ¿Volverás pronto? Estás a un paso.

Sant. Sí, en seguida. Hasta ahora. (Sale.)

Ant. (Dirigiéndose al sitio donde están sentadas Mercedes y

Trini.) De modo que, muy pronto te aplaudiremos aquí.

Mer. ¡No por Dios! No me hable de trabajar. Necesito descanso. No firmaré ningún contrato en Madrid. Estoy muy fatigada. Pienso poner casa y formar una tertulia de gente agradable. Por las tardes vendré aquí; por las noches nos reuniremos en mi casa. ¿Qué le parece?

Ant. Este rincón es tuyo, ¡ya lo sabeis! Yo, por las noches no sé si podré ser tan asiduo a tus reuniones como quisiera. ¡Tengo tanto que hacer!...

Trini ¡Hay que ver! Usté no para un momento y no sé pa qué... ¡con el dinero que usté tiene! Y luego aguantar a todos los frescos que vienen aquí por si pescan algo.

Mer. ¿Siguen viniendo los mismos amigos?

Ant. Sí; y algunos más. Cifuentes, un muchacho escultor, discípulo mío; Fernando Cadovilla, un escritor joven de muchísimo talento, a quien protejo. En el estudio hay cosas nuevas, algunos cachivaches que he adquirido, trajes... tengo uno Pompadour que es una preciosidad. Te gustará. Venid y vereis. (Mercedes se pone en pie para seguir a don Antonio.)

Trini Yo me quedo aquí, don Antonio. No entiendo na de esas cosas de mérito. Me entretendré viendo las estampas de un libro. ¿Están entoavía aquellos libros de versos que tenían dibujos?

Ant. Sí, mujer; ahí los encontrarás donde siempre. (Señala un estante con libros.)

Mer. ¿Y aquel muchacho poeta que empezó a venir aquí los últimos meses que pasé yo en Madrid? Era muy simpático. Trini y yo le hemos recordado muchas veces, ¡estaba tan enfermo el pobre! (Diciendo lo anterior se dirige al fondo con don Antonio, haciendo mutis por la derecha del salón de segundo término.)

Ant. Murió. Una historia muy triste, los últimos días... (Las últimas palabras se pierden.)

ESCENA VI

TRINI y ROQUE

Trini (*Está buscando un libro, y al volver la cabeza descubre a Roque, que, tristemente asoma la cabeza levantando el tapiz de la puerta que conduce a la antesala.*) Entra, hombre. ¿T'has enfadao por lo que te dije al entrar? Ya sabes que, aunque siempre me ha gustao hacerte de rabiar, te aprecio de veras.

Roque ¡Enfadarme yo!... Y con las cosas que traerás que contar, ya que te cupo la suerte de ver lejanas tierras... Traerás buen caudal de recuerdos...

Trini Aburrimiento es lo que traigo para un rato largo. ¡Chico; si vieras cuántas veces me tengo acordao de este estudio!...

Roque Pláceme que no seas ingrata y hayas guardado el recuerdo de los que bien te quisieron.

Trini Los mejores días de mi vida los he pasao aquí; conque ¡figúrate! A mí no me tiraba ser modelo; pero creo que hice mal en marcharme con Mercedes.

Roque ¿No se comporta bien acaso?

Trini No es por ella: es que esto de ser acompañanta de una artista de *postín*, es una pelma; ya me llaman por ahí, el rabo de la estrella. Y que es la pura verdad; yo la sirvo pa espantarse las moscas, y a mí viene a agarrarse tóo el que quiere algo de ella.

Roque Hubieras seguido tu primera impulsión y ahora serías una artista como Mercedes.

Trini ¡Yo no sirvo pa artista, hombre! Tengo demasiada voz. ¿No te acuerdas? Siempre me estaban conque tenía que afinar mi trabajo.

Roque Y a no ser tan tornadiza, hubieras llegado.

Trini Sí, afinando, mientras en mi casa desafinaban de hambre.

Roque Cierto; me olvidé de preguntarte si tus padres gozan de salud.

Trini El que goza es mi padre. Hay que ver mi

casa... ¡Si no fuera por mí!... Mi madre, la pobre, gana algo a temporás, si mi padre ayudara... pero se quedó inútil pa el trabajo, desde un destino que tuvo en el Ayuntamiento.

Roque ¿Algún accidente del trabajo?

Trini ¡Ca! No se accidenta mi padre trabajando. Que se acostumbró a no hacer na, y ya no le quieren en ninguna parte; era listero; fíjate, la manera más disimulá de no hacer na.

Roque ¡Loado sea Dios! Siempre tuve a tu padre por un bellaco.

Trini Mira, Roque; con eso de hablar en lengua *apolillá te se* figura que pués decir lo que se te antoje, y hay algunas cosas que las entiende una. Lo de bellaco está bien pa tus romances pero no pa que se lo llames a mi padre.

Roque Ligero anduve en el motejo. Ruégote me perdones, pues júrote no volver a caer en falta tal, y sabe que nunca estuvo en mi ánimo denostar a tu progenitor.

Trini Tóo eso querrá decir que no has querío faltar, ¿verdad? ¡Hay que ver! ¿Sabes que en tu casa también tien lo suyo si pa pedir el *piri* te explicas en esa lengua?

Roque ¿Sigues pensando, a pesar de tus viajes, que es mejor tu manera de hablar que la que emplearon aquellos que escribieron el tesoro de nuestra lengua? ¿No viste allá en Londres, el aprecio en que se tiene nuestra literatura clásica y cómo de vez en vez se representan en los mejores teatros las obras de Fray Félix?

Trini ¿Lo menos que te figuras es que yo andaba en Londres por las librerías de viejo, como tú haces aquí? Y lo que es en los teatros... ¡si allí en los mejores teatros hacen varietés!

Roque Espantárame yo de que tú hubieras observado nada bien ni en su cabal medida. Di que tú sólo viste los teatros de varietés.

ESCENA VII

DICHOS, MERCEDES y DON ANTONIO aparecen por la derecha del fondo. Luego CIFUENTES

Mer. El traje es divino, una verdadera idealidad. Quedamos en que me lo prestará usted para que sirva de modelo a mi modista. Encargaré a Currito Plaza un *couplet* para cantarlo con ese vestido. ¡Es *charmant*, de veras!

Ant. El vestido es tuyo: no te lo presto, te lo regalo.

Mer. ¡Oh, eso no!

(Roque, que estuvo sentado durante la conversación con Trini, se pone en pie al entrar en escena don Antonio y Mercedes.)

Ant. Roque; di al portero que no recibiré a nadie a excepción de Santiago; y tú, a quien venga por la entrada de servicio, le dirás que no estoy. (Dirigiéndose a Trini.) Te habrás aburrido.

Trini ¡Ca! He estao la mar de entretenida aquí con don Quijote.

(Roque, antes de salir, dirige a Trini una mirada de cómica reconvención.)

Mer. Vámonos, Trini. Es tarde, y tenemos que hacer muchas cosas. Hasta mañana, maestro.

Cif. (Entra por el foro y se detiene al ver a Mercedes y a Trini.) Perdonen; creí que estaba usted solo.

Ant. Pasa, pasa, Gabriel. Voy a presentarte. Nuestra genial danzarina la Gioconda, que vuelve, después de una larga *tournée*. (Dirigiéndose a Trini burlonamente.) Su secretaria particular. Mi amigo y discípulo Gabriel Cifuentes. (Saludos.)

Mer. Usted viene por aquí todos los días, según creo. Hasta mañana, pues. Mucho gusto en conocerle. Perdone usted que no nos detengamos: tengo un millón de cosas que hacer aún, esta tarde.

(Cifuentes estrecha las manos a Mercedes y Trini. Mutis de Mercedes y Trini.)

ESCENA VIII

DON ANTONIO y CIFUENTES

Ant. (Paseando nerviosamente.) ¡Al fin! ¡Creí que no se marchaban nunca! ¡Estoy bueno hoy para visitas! Vamos a ver si es posible que nos dejen en paz un momento. (Se dirige al boceto de la estatua.) Veamos, veamos.

Cif. Encontrará usted la estatua algo cambiada. En estos últimos días que no hemos podido hablar nada, me he permitido algunas modificaciones.

Ant. (Asperamente.) ¿Por qué no esperaste? ¡A que lo has echado a perder todo!

Cif. (Con brusquedad.) ¡Es posible!

Ant. (Conciliador.) Vamos a ver. ¡Esta juventud! ¡Siempre impulsiva! (Pasan al estudio. Don Antonio, contempla un rato el boceto.) Sí... sí... francamente... yo... ¡vamos, que no veo la modificación! Dame algún dato para orientarme.

Cif. ¿Que no ve usted la variación?

Ant. ¡Esta pícara memoria!... Como tiene uno tantas cosas en la cabeza...

Cif. Ahora, una de las piernas avanza un poco como si fuese a dar un paso.

Ant. ¡Ah! ¡Claro! ¡claro!

Cif. La figura gana en expresión sin perder por eso la serenidad de líneas, la corrección... Ese es mi parecer.

Ant. Bien; no me disgusta, no... Veo que sigues mis consejos. No apartes nunca los ojos de los modelos griegos: Fidias, Praxiteles...: armonía, serenidad.

Cif. No es otro mi empeño. Así veo yo también la escultura.

Ant. En arte, todo es el «huevo de Colón...» Se ve un trazo firme, definitivo, y se piensa: Yo también lo hubiera hecho... Y en esos trazos está toda la obra. Repito que estoy contento de ti. Sientes el arte y aprovechas bien mis lecciones. Ya ves que te corrijo lo menos posible: quiero dejar libre tu inspiración.

Cif. Nunca agradeceré a usted bastante su protección. Sin su ayuda, nada hubiera sido nunca... Así... ¡tal vez!

Ant. Tú vales mucho...

Cif. Aunque así fuera; ¿qué podría yo solo, sin medios para trabajar, para vivir? ¿Qué serían mis obras? El fruto artístico necesita nacer en un medio adecuado. Para los artistas pobres, el hijo de su alma nace muchas veces muerto, o muere al nacer, como esos desdichados niños que vienen al mundo en la calle.

Ant. Pesimismos injustificados. El artista, tarde o temprano, triunfa. Te olvidas de que eres muy joven.

Cif. Eso no es un defecto.

Ant. Pudiera serlo: desde luego no es una cualidad. ¡Hay que trabajar, hay que trabajar mucho!

Cif. Ya sabe usted que deseo ardientemente trabajar, vencer dificultades...

Ant. (Después de una pausa.) ¿Qué opinión tienes tú de mí?

Cif. (Sorprendido.) ¿Yo? No sé qué quiere usted decir con eso.

Ant. ¿Qué opinión tienes tú de mi arte, de mis obras? ¿Qué te parece el «Gladiador» que mandé a la Exposición?

Cif. Mi opinión no vale nada: la opinión de personas autorizadísimas, no es posible que usted la ignore. Es usted uno de nuestros primeros escultores, su obra está sancionada por la crítica. De mi admiración por su arte, no necesito hablarle; soy su discípulo...

Ant. Esquivas la respuesta. Yo tengo una reputación es innegable; pero, ¿la crees merecida?... (pausa.) Sé lo que se dice de mí; a tus oídos habrán llegado las voces de la envidia y el despecho, que pretenden manchar mi nombre.

Cif. Es usted discutido como lo son todos los artistas.

Ant. Yo, no sólo discutido, ¡hasta calumniado!... ¡Te habrán dicho tantas cosas!...

Cif. Nada que a usted pudiera ofenderle.

Ant. He luchado como nadie; más que ningún

artista; porque yo he tenido que sumar a los obstáculos que encuentran todos, mi posición, mi fortuna. Parece una paradoja, ¿verdad? Siempre he tenido enemigos sistemáticos, nada más que por eso, por no necesitar de mi arte para vivir. ¡Y aun hay quien dice que el dinero me ayudó a encumbrarme! Al principio se tomaban mis aficiones en broma, como un juego... He llegado paso a paso sin tenerle nada que agradecer a nadie; llevando mis obras a Exposiciones, donde los Jurados para premiarlas, tenían que vencer el escrúpulo de otorgar premio a quien no lo necesitaba.

Cif. (Sigue sorprendido.) Sí... en realidad... es posible...

Ant. ¡Las Exposiciones! Es el único camino que tenemos para triunfar, y cada año componen los jurados personas distintas, con criterios distintos. En realidad, ¿qué valor tiene esa sanción?

Cif. ¡Es extraordinario! Está usted hablando como lo haría un muchacho que empieza a luchar, como lo haría yo.

(Don Domingo Quijano y Santiago entran al estudio por la puerta del jardín.)

Ant. (Interrumpiendo a Cifuentes.) ¡Calla! (Se dirige al encuentro de los que llegan.)

ESCENA IX

DICHOS, DON DOMINGO QUIJANO y SANTIAGO

Ant. ¡Querido Quijano! ¿cómo va?

Dom. ¡Ya ves! Con ganas de broma. Te habrá dicho Santiaguito... ¡Amigo Cifuentes!... (Saluda a Gabriel.)

Ant. ¡Calla, hombre, calla! ¡Me hiciste pasar un rato!...

Dom. Supongo que no te habrá molestado.

Ant. De ningún modo.

Dom. Sin embargo; yo quiero explicarte...

Ant. Pasa por aquí. Charlaremos un rato fumando un cigarro.

(Salen por la puerta de la derecha, primer término.)

ESCENA X

SANTIAGO y CIFUENTES, luego SUSANA

Sant. (Después de una pequeña pausa.) ¡La eterna farsa! ¿Qué le parece a usted?

Cif. ¿De qué? No comprendo.

Sant. ¿Quiere que hablemos un rato?

Cif. Usted dirá...

Sant. Hombre.. es algo difícil. Yo tengo muy poca confianza con usted.

Cif. Puede usted decirme lo que quiera con entera libertad.

Sant. Pues allá va. Usted habrá oido hablar muy mal de mí; pero, nadie le habrá dicho que no soy franco. Supongamos que se trata de una curiosidad. ¿Cómo ha venido usted a parar a este estudio? Yo me tengo por hombre observador y, francamente, no encuentro casilla para colocarle en la clasificación que tengo hecha de la gente que frecuenta esta casa.

Cif. Soy escultor; mejor dicho, sueño con serlo.

Sant. ¡Valiente título para entrar aquí!

Cif. En el tiempo que llevo viniendo he visto muchos aficionados al arte: casi puedo decir, que exclusivamente vi artistas.

Sant. ¿Artistas?... ¡Usted delira! A menos que tome usted la palabra en el amplio sentido en que la interpreta cierto camarero de un café que yo frecuento. En distintas ocasiones le oí hablar de su hermano el artista... Nunca tuve la curiosidad de preguntarle qué arte cultivaba. Hace unos días me dijo contristado... ¡Ay, don Santiago! mi hermano el artista se ha roto una pierna trabajando. ¡Hola! contesté. ¿Es bailarín? No, señor, me respondió. ¡Es estuquista!

Cif. (Ofendido.) ¿Usted tiene esa opinion de don Antonio, de Quijano, de tantos otros que frecuentan este estudio? ¿La tiene de usted mismo?

Sant. ¡Ay, joven! Yo tengo de todos esos señores un criterio que creo cierto, pero difícil de definir, sin adjetivos que molesten al oído.

En cuanto a la opinión que de mí tenga, en cuanto traspaso la puerta de esta casa, es deplorable. Si algo de artista llevo en mi alma, procuro dejarlo en la portería para que no se me manche, al contrario que dejo los chanclos, cuando los traigo embarrados y no quiero manchar estos tapices. La portera de esta casa es mi guarda-joyas; si yo dejara mi alma o mis chanclos en la antesala, correría el peligro de que alguno se los llevase confundidos.

Cif. Teniendo ese concepto de esta casa, no sé por qué viene usted a ella. Su opinión será muy respetable, pero permítame que le diga que es distinta a la mia. Ya sé yo que no todos los que venimos a esta casa somos genios; ¡qué hemos de serlo! pero también sé que aquí suelen reunirse las personas que más prestigio han alcanzado en todas las ramas del arte.

Sant. Ciertísimo.

Cif. El dueño de la casa, por ser el ejemplo más próximo, está reputado en España como el primer crítico en materia de escultura, y como escultor notable.

Sant. En toda España no, amigo mío; al menos, yo le tengo por un perfecto imbécil. Cierto que tiene una reputación; en ella podrán creer muchos, pero habrá que exceptuar a los que hemos contribuído a formársela.

Cif. ¡Usted! No creo que don Antonio necesite de usted para aumentar su reputación; cualquiera pensaría lo contrario.

Sant. ¿Que yo necesitaba de él?

Cif. No lo dije por ofenderle...

Sant. ¡Claro que necesito de él!... ¡Como que tiene dinero!

Cif. No veo la relación que pueda guardar...

Sant. Pues yo trataré de que usted lo vea. Es usted un artista joven, un enamorado de su arte, tan inocente aún, que cree que en el mundo se hace justicia. En este estudio, y en muchos otros, no entran más que explotadores y explotados; usted parece listo, y comprenderá lo que debe hacer para ser de los primeros.

Cif. Yo no quiero explotar a nadie; claro, que tampoco quiero ser explotado. Vengo aquí a aprender, a oir las opiniones de los maestros a ver las obras de don Antonio.

Sant. Vamos, sí; viene usted a perder el tiempo. ¿A oir a los maestros? ¿A ver las obras de don Antonio? Es gracioso. ¿Nada mejor tiene usted que hacer que ver esas mamarrachadas?

Cif. (Ofendido.) ¡Mamarrachadas! Es usted muy ligero juzgando. ¿En qué funda usted esa afirmación? ¿Por qué «Ante la vida» es una mamarrachada?

Sant. Confieso que nunca creí a Albarnoz capaz de modelar esa estatua; no hablemos de esa obra: treinta años de picapedrero dan derecho a llamarle mamarracho, aunque ahora, incomprensiblemente, haya sonado la flauta como en la fábula.

Cif. (Con interés.) ¿Usted opina que esa (Señalando el boteto.) es su mejor obra?

Sant. Nunca le creí capaz de concebir esa idea, ni de ejecutarla. Antes, contemplando la obra, no pude menos de pensar si tendrán razón los que hablan de la «inconsciencia» del Arte.

Cif. No, no lo crea usted. Seguramente, Albornoz, al concebir su obra, esa jovenzuela que llega al momento ansiado y temido de lanzarse a la vida, vió la lucha que en su alma se reñía entre el anhelo de ver, de vivir, de triunfar y el miedo al fracaso, a ser derrotada cuando fuera tarde para retroceder. Tuvo que verlo, tuvo que sentirlo y ansiar ejecutarlo, torturando a su modelo hasta arrancarla la expresión deseada, que se grabaría en su cerebro con la fuerza de la imagen de un hijo al que quizá no se volverá a ver; por eso supo darla forma.

Sant. (Con sorna.) ¡Caramba! No sabe el maestro el apologista que recibe en su casa... tal vez lo sabe demasiado.

Cif. (Queriendo desdecirse.) No entiendo... He elogiado la obra, porque le aseguro a usted que me gusta.

Sant. Y yo lo creo, sin que usted me lo jure; casi

me atrevería a asegurar que le gusta a usted más que al propio don Antonio.

Cif. (Azorado.) Le repito que no comprendo...

Sant. Trataré de ayudarle a comprender. Yo también tuve ilusiones, llegué a pensar en la inmortalidad... ¡qué ridiculez! Me hablaron de don Antonio Albornoz. Es hombre rico, me dijeron, y aficionadísimo al arte. Me presentaron, le hablé de mis aspiraciones, que él consideró justas, aunque creyendo necesario probar mis aptitudes antes de protegerme. Como prueba, me mandó escribir algunos artículos de crítica; le parecieron bien. Cogió uno al azar, suprimió algunas frases, y con gran sorpresa mía, lo firmó y lo envió a un periódico... (Pausa.) Aquel artículo lo elogiaba yo con tanta vehemencia, como usted esa figura.

Cif. (Vivamente.) ¿Y después?

Sant. Después siguió haciendo ensayos del mismo género, para terminar diciéndome, cuando no quise seguir siendo explotado, que no había plaza disponible para mí en su periódico.

Cif. ¿Y usted?

Sant. Supe hacer valer mi secreto y explotarle en su dinero, que no valdrá más que mi cerebro.

Cif. Es triste, muy triste. (Pausa.) El literato es distinto al escultor; éste necesita maestro para la parte técnica de su arte... Es distinto...

Sant. Es ridículo que aún busque usted disculpa.

Cif. Yo nada he dicho.

Sant. Lo ha dicho usted todo.

Cif. Si así fuera, usted no hará uso de ello.

Sant. Le aseguro que no. Usted sabrá lo que debe hacer. Le hablé porque me cogió en uno de los pocos momentos en que todavía recuerdo que tengo corazón.

Cif. Sí; sé lo que debo hacer. (Va al fondo y llama.) ¡Susana! ¡Susana!

Sus. (Entrando con una novela en la mano.) ¿Qué me quieres? ¡Chico, me has dejado en lo más interesante de la lectura! (Santiago pasa al salón del fondo.)

Cif. Susana, tengo que hablarte de algo serio, triste.

Sus. ¿Qué es? Me pones en cuidado.

Cif. Mira, es probable, es seguro que yo no vuelva aquí.

Sus. Pero, ¿qué dices?

Cif. Eso; que de ahora en adelante pienso trabajar yo solo, como pueda; con hambre, es verdad, pero con libertad y para mí, solo para mí.

Sus. ¡Estás loco!

Cif. O lo estuve; quién sabe.

Sus. Habrás reñido con don Antonio por cualquier tontería; pronto hareis las paces.

Cif. No; ni he reñido con él ni le he visto, ni quiero verle. He decidido marcharme y me voy ahora mismo. Te he llamado para despedirme de ti.

Sus. ¿Despedirte de mí?

Cif. Sí.

Sus. Eso no, Gabriel; eso no. Si tú te vas me iré contigo, trabajaremos para nosotros, como tú decías.

Cif. No; tú seguirás trabajando aquí. Con lo que aquí ganas puedes vivir bien: conmigo, ¿cómo vivirías?

Sus. ¡Qué importa! Como tú vivas, peor que tú vivas.

Cif. ¡Qué bien se dice eso y qué bonito me resulta a mí oirlo! Los primeros días vivirías contenta; después...

Sus. Igual.

Cif. No; te repito que no es posible.

Sus. Puesto que lo quieres, será. Aunque yo trabaje aquí, podremos vernos.

Cif. Si puedo vivir en Madrid, claro que nos veremos. Quizá tenga que marcharme al pueblo... ¡Es tan difícil vivir!

Sus. No; Gabriel, tú no te irás; no debes irte, no debes dejarme.

ESCENA XI

DICHOS, DON ANTONIO y QUIJANO

Ant. (Entra en escena con Quijano.) Bien; no se hable más del asunto; la broma ha sido muy ingeniosa, como tuya.

Dom. (A Susana.) ¿Usted... será la nueva modelo?

Sus. Sí, señor.

Dom. Muy bonita, muy bonita. (A Albornoz.) Siempre has tenido buen gusto. Vamos a ver las novedades.

Ant. Apenas nada nuevo.

Dom. Aquí siempre hay algo que admirar.

Ant. ¡Qué amable!

Dom. Es justicia.

Sant. Pase usted a ver ese boceto; a ver qué le parece.

Dom. Vamos allá. (Se van al fondo. Quijano mira el boceto y dice antes de tener tiempo de juzgarlo.) ¡Precioso, precioso! (Mirándolo con más detenimiento.) ¡Si es muy bonito! ¿Tú lo conocías, Santiago?

Sant. Ya lo creo.

Dom. ¿Y cómo no me hablaste de él? Querido Antonio, me vas a permitir que te diga con entera sinceridad que tu obra maestra está ahí.

Ant. ¿Te gusta?

Dom. Tanto, que me atreveré a rogarte que la mandes a la Exposicion.

Ant. Si expira hoy el plazo de admisión, y no está terminada.

Dom. Yo hablaré con mis compañeros de Jurado. Prolongaremos ese plazo. Una obra así, bien lo merece.

Ant. En ese caso...

Cif. (Aparta a Santiago.) Eso no será.

Sant. (A Cifuentes.) (¡Calle!)

Dom. En poco tiempo puede estar terminada.

Ant. Sí; el boceto estará en un par de días. Después, trabajando lo más posible...

Cif. (A Santiago.) ¡Qué asco!

Dom. Pues quedamos de acuerdo. ¿Qué lema piensas que lleve tu obra?

Ant. «Ante la vida.»

Dom. Pues, en poco se ha de estimar mi criterio, o «Ante la vida» será una primera medalla. Ahora, te dejo; estoy ocupadísimo: no vine más que a demostrarte, con la broma que te di, que tus obras no pueden pasar inadvertidas.

Ant. ¡Muy ingeniosa, muy ingeniosa!

Dom. Pues, adiós. ¿Me acompañas, Santiago?

Sant. No; todavía tengo que hacer aquí.

Dom. Señor Cifuentes, mucho gusto en saludarle. Adiós, muchacha. (Va a salir y Albornoz hace intención de acompañarle.) No, no te molestes; sé el camino.

Ant. ¡No faltaba más! (Salen.)

ESCENA XII

SUSANA, CIFUENTES y SANTIAGO

Sant. ¿Eh? ¿Qué le parece?

Cif. ¡Que no he de consentirlo! ¡Si él no ha puesto las manos en la obra! ¡Qué cinismo! ¡Pero no será! Se puede vender la inteligencia, pero no alma.

Sus. ¡Por Dios, Gabriel, tranquilízate! ¿Y yo?

ESCENA XIII

SUSANA, CIFUENTES, SANTIAGO y DON ANTONIO

Ant. (Entrando.) Querido Cifuentes, hay que trabajar mucho. (Recordando que está Santiago.) Voy a trabajar sin descanso; en dos días no he de recibir a nadie, ni a vosotros mismos.

Sant. A nosotros es fácil que no.

Cif. (Nervioso.) ¿Va usted a terminar su obra, verdad? Yo siento que no me reciba, porque

como no soy tan trabajador como usted, no tengo nada que hacer.

Ant. (Aparte a Cifuentes.) Calla, ya hablaremos a solas.

Cif. (Alto.) ¡Ya lo creo que hablaremos! Ahora mismo. Es inútil fingir. Santiago y Susana están en el secreto. Esa obra es mía, sólo mía.

Ant. Exageras, Gabrielito, exageras; sin mis consejos, no hubieras logrado una ejecución tan limpia.

Cif. Es cierto; sin sus consejos sería mejor; eso no importa. Es mía, y no la firmará nadie mas que yo.

Ant. Eres un niño. Santiago, tú que tienes algo más de experiencia, aconséjale.

Sant. No puedo aconsejarle. Sabe que la obra con su firma no valdría nada, que con la de usted alcanzará provecho: él solo quiere honra. Se encuentran caracteres muy extraños, don Antonio.

Ant. Aun cuando fuera tuya, ¿cómo lo acreditarías? La obra está en mi estudio; nadie te ha visto trabajar...

Sus. ¿Y yo?

Ant. (Con violencia.) ¿Tú qué sabes?

Cif. Calla, Susana, te lo ruego. Es inútil esta discusión que me repugna. Soñé en ser artista, creí que con alma y voluntad lograría serlo. ¡Estúpido sueño! Hace falta algo más; envilecerse, rastrear, ser el pelele que otros se divierten en ver cómo se destroza. Para eso no sirvo, no.

Ant. ¿Crees que a los demás no nos ha pasado lo mismo?

Cif. No lo dudo: cuestión de vergüenza.

Ant. ¡Basta! ¡No permito insultos! Ahí tienes tu obra; llévatela; veremos qué consigues con ella. Haz de ella lo que quieras.

Cif. (Exaltado.) ¿Qué conseguiré? Nada; ya lo sé. Pero es mía, mía, (Yendo hacia la estatua.) y haré de ella lo que quiera. ¡Lo que quiera! (Coge la estatua y la rompe contra el suelo.) ¡Ya está hecho!

Sus. ¡Gabriel! ¡Gabriel!

Ant. ¡Maldito loco!

Sant. La vida le volverá cuerdo.

Sus. (Abrazándole.) ¿Por qué has hecho eso? ¿Por qué?... ¡Ya no tiene remedio!

Cif. (Rechazándola.) ¡Déjame! ¿A ti qué te importa? (Sale.)

Sus. (Llorando.) ¡No me quería! ¿Por qué me lo hizo creer?

Sant. (Mirando a Susana.) Ya va perdiendo el corazón. La vida le va sanando de su locura.

TELON

Precio: UNA peseta